

Los secretos de la vida | Domitila Padrón Bermúdez (1)

LA PROVINCIA/ DLP publicará como adelanto cuatro historias de residentes del municipio lanzaroteño de Tías, todos mayores de 80 años, que quedarán recogidas en un libro con 12 perfiles bajo el título de 'Los secretos de la vida'. El volumen, escrito por la periodista Concha de Ganzo y con imágenes realizadas por el fotógrafo Rubén Acosta, saldrá a la luz a partir de octubre.

La dulzura de Mácher

Domitila Padrón suena a verdad, lo que cuenta duele porque ocurrió, pero en sus palabras no hay rencor. Dibuja un mundo áspero, cruel y lo relata sin un mal gesto

Concha de Ganzo

TÍAS

Tiene 99 años, y un mundo por contar. Lo hace sin prisas, mira de frente, buscando que su historia se entienda. Domitila Padrón Bermúdez suena a verdad. Una verdad tan grande, que su vida, sus palabras, esos gestos tímidos, como para no molestar, merece que no quede en el olvido. Pinta con brocha fina y certera la historia de todos.

Lo que cuenta Domitila Padrón duele. Porque ocurrió. Lo que ella dice en ese tono tranquilo, sin sobresaltos, suena a verdad. Ella dibuja un mundo áspero, cruel, un mundo dividido en dos mitades contrastadas, una mitad diáfana, radiante, y la otra gris y sedienta. En una parte de la historia estaban los que tenían mucho y en la otra, apelotonados, los que no tenían nada. Domitila Padrón lo cuenta sin un mal gesto, asumiendo la realidad que le tocó vivir.

Las pinceladas de esa vida lejana resultan brochazos certeros. Cuesta imaginar esos días. Ponerse en su piel, y aun así Domitila dice que tampoco lo pasaron tan mal. La vida son solo etapas: buenas y malas.

Decía José Saramago que todo viaje es imaginario porque todo viaje es memoria. Y de la mano de Domitila se podrá dar rienda suelta a este viaje en el tiempo.

Los años que no llovían se sucedían como una maldición, entonces cuando no les quedaba agua ni para beber, de noche se acercaban a la finca "de un rico, que tenía muchos aljibes y podíamos tomar agua, solo para beber, no para llevar". Lo cuenta y suspira, se queda meditando. Piensa en aquel momento, todos juntos, uno detrás de otro, a oscuras, con su padre al frente hasta llegar a aquella finca. El guardián dejaba que bebiesen como el ganado sediento, solo eso. Y con los labios humedecidos regresaban a casa. Las imágenes retorcidas por el tiempo se cuelan en la memoria. Domitila Padrón no guarda rencor, en realidad se siente agradecida a aquel guardián de los aljibes: les abría la puerta para que pudieran lamer agua.

El viaje en el tiempo continúa. Los momentos amargos son tantos que parecen no tener fin. Cuando alguien se ponía enfermo lo tenían que amarrar a un camello y llevarlo hasta Arrecife. Entonces solo había dos médicos en la Isla. Don Fermín y don Marcelino. Las palabras se quedan cortas, se evaporan, no sirven. Domitila es tan grande que cambia el rumbo, busca un nuevo paisaje, se detiene en otro punto del cami-



Domitila Padrón Bermúdez, en el exterior de su vivienda. | RUBÉN ACOSTA

Cuando no llovía iban "a la finca de un rico, que tenía muchos aljibes y solo podíamos beber agua, no llevarla"

no. Desde su casa, una casa blanca rodeada de flores violetas, rosas, blancas, naranjas. Aquel mundo se esconde, se difumina como en un sueño.

Domitila sonríe, no es cuestión de ponerse a llorar, de pronto los recuerdos cogen impulso y salen a es-

cena. Aparece algo nuevo: como esa costumbre que tenía su madre de preparar chocolate justo antes de empezar con los dolores del parto. Todos los hermanos con una cuchara en la mano disfrutaban con aquella delicia. Mientras la madre paría casi en silencio, sus hijos se afanaban en rebañar aquel caldero de las esencias.

Años después, en una de esas, conoció a un muchacho, un chico serio. Se vieron en un baile y después se escribieron cartas. Cartas escritas con esa buena letra. Cartas que se enviaban uno al otro. Brota la timidez y ya no recuerda que se contaban. Prefiere callar, esconder entre

láminas finas las cosas que se decían. Frases cortas, amables, sin excesos y tal vez con pinceladas de ternura. Ella mira para otro lado, y ahí se queda.

El viaje de Domitila resulta cauteloso y amargo. A veces adentrarse en la memoria tiene esos riesgos. Ella cuenta su vida y los demás descubren una parte esencial de la historia. Los brochazos son gruesos, duros, lametazos recubiertos de verdad. Domitila Padrón sale al jardín que hay delante de su casa. Se apoya en un bastón y mira al frente, a ese horizonte lejano, da la vuelta, se acerca y sonríe. Entonces, el que mira solo quiere abrazarla.